

EL ARTE DE ENVEJECER

UNA de las obras más hermosas que fresquean mi espíritu cuando releo sus páginas, es "La filosofía del arte" de Hipólito Adolfo Taine que fue un mucho de todo en el pensamiento: Profesor, escritor, filósofo, académico de la Academia Francesa.

Las ideas de Taine, para un profano como yo en Filosofía y en Arte, se me antojan como cuando veo un amanecer o un ocaso que avivan mi sentimiento. No sé a qué distancia ni casi el por qué asoma la luz de la aurora y tampoco dilucido en mi admiración la belleza de ver caer la cereza roja del sol en el diario suicidio del poniente. Pero me conmueve casi con ternura, con poesía íntima que no puede florecer en palabras.

De Taine he aprendido que en la vida del artista hay dos épocas, la que corresponde a la verdadera emoción y la del amaneramiento y la decadencia.

Para afirmar su aserto, cita Taine al Miguel Angel de la juventud y la madurez, tan distintos. Al Corneille de Polinto y Paulina, Jimena y el Cid, de una parte, y de la otra Atila y Pertharites en que ya no crea si no que fabrica.

De Taine aprendí también que la expresión del arte pertenece a un conjunto: la obra completa de un autor. Que depende también de lo que hoy llamamos el entorno, eso es, cuando le rodea condicionando grupos o escuelas. La tercera estipulante andadura son las costumbres, las ideas, creencias, razas, etc.

"Esa armónica alianza que se establece entre el artista y sus contemporáneos", sigue diciendo Taine, tiene su clave "en el tono de las costumbres y del espíritu público".



La época gloriosa de España, la de Murillo, Zurbarán, Velázquez, Lope de Vega, Cervantes, Fray Luis de León, etc., es cuando vence en Lepano, expulsa a los moros y a los judíos y gasta su sangre y su oro en Cruzadas por Dios y por su Rey. Es decir, que florecen el arte y los artistas porque florece también un espíritu nacional plenos de emoción y de sentimiento. Estamos desde principios del siglo XVI hasta mediado el XVIII. Luego ese espíritu medieval se prolonga, o mejor aún revive en mala hora, falto ya de fe y de monarquismo, y no solamente se va perdiendo la savia de aquella España heraldo de Occidente, si no que lo que vibra, centellea y alumbra, tiene que hacerlo desde el dolor y la congoja del exilio.

Quede pues que en una obra de arte, o en el arte en sí, se conjugan personalidad, etapa histórica y aún sentimiento alerta a la emoción. Hacer arte, vivir para el arte, es vivir con toda la intensidad necesaria a la hora y a la edad que se viven. O lo que es igual, que vivir es un arte con todas las trazas de inspiración, de autenticidad, de época, de herencia y de trampas. Porque en el arte no solo hay decadencia y amaneramiento, sino artificio, tramoya, armadizo.

Ya Marañón, fijando el deber de las edades, señalaba la de adaptación para la vejez. Adaptación es ya de por sí un cúmulo de renunciaciones. Unas biológicas, otras dictadas por ese instinto de conservación que sobrenada sobre los demás instintos, que aconsejan primero y después obligan a adecuarse. No es bastante el decir "no puedo" cuando los años nos van adensando las expansiones, los quehaceres, las aficiones. Hay que decir también "conformémonos". Ya Galeno, citado por Marañón, decía que "la tristeza del anciano depende de desear lo que no puede conseguir".

El arte del viejo es saber envejecer aparentando ser persona mayor. Entre persona mayor y viejo un largo trecho de conformidad, de austeridad, de buen sentido, de sonrisa amable. Y no porque tiene que ser así y así acatarlo, sino porque con razonamiento, racionalmente y buen arguir, ha de gozarse de la consciencia de esa vida que pasó para no volver en acción. Pero sí en la nostalgia, en el recuerdo, en la emoción revivida de años y años de obediencia, rebeldía y austeridad, como quería Marañón, según va ardiendo esa rama que somos. Que retoña primero. Verdea después. Se va agotando a fuerza de transportar savia y un día, seca ya, se quiebra. Y aún así, en el hogar, todavía es lumbre, fuego, brasa.

A la obediencia del niño, que es dura también pero que tiene muchos indultos y amnistía, hay que sentir la heroicidad de saber envejecer con decoro.



Porque el decoro es una de las condicionantes que debe imprimirse, con agrado pero con entereza, el hombre con las alforjas repletas de años.

El viejo debe aceptar que así como el niño exige, él debe procurar pasar lo mas desapercibido posible. Esto es, no estorbar. Dígase lo que se diga, con no poca frecuencia el anciano embaraza. Unas veces es la poca prudencia o el afán de mando y notoriedad que aun le restan. Otras es porque los tiempos cambian y ni los gustos, ni los modos, ni las maneras, son iguales. Fuerza es el posible enfrentamiento en esos escalones de la gracia de la vida. Cuando que por ser escala debe subirse y bajarse concatenadamente, peldaño a peldaño, tanto hacia arriba como hacia abajo.

Un querido amigo ya desaparecido pero cuya luz sigue alumbrando mis nostalgias y mis sentimientos, me decía que él solía repetirse a diario: "Ten calma, no te impacientes, sé comprensivo y humilde. Procura pasar desapercibido". Así decía el excepcional Dr. Calandre Ibáñez.

Era ese maravilloso arte de saber envejecer sin ser penoso, molesto, rémora. Acaso que los niños y los viejos se lleven bien, en cuanto el viejo sea complaciente y acepte con agrado la tiranía del niño. Cuando pretenda reprimir, contener o querer emular el árbol que empieza a fijar sus raíces, malo. No gozará de comprensión ni condescendencia, no ya del niño, ni aún tan siquiera de otras edades entre ribera y ribera.

Ya Cervantes en "La comedia entretenida", decía:

*"Advertid, hijo, que son
las canas el fundamento
y la basa a do hace asiento
la agudeza y discrecion".*

Y Rochefoucauld en una de sus conocidas máximas: "Los viejos alocados son mucho más alocados que los jóvenes sin seso".

Amiel, el gran tímido y por ello más grande hombre, con esa ponderación, ese equilibrio y esa lucidez que lo ennoblecen, asevera que: "Saber envejecer es la obra maestra de la sabiduría y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir".

El gran arte de vivir. Veamos como enlazan Henri Frédéric Amiel, Profesor de Estética y de Filosofía en la Universidad de Ginebra, cuya más difundida obra es los "Fragmentos de un diario íntimo", como corresponde a ese intimismo que fue su característica peculiar, con las ideas de Taine en



cuanto a Arte en general y sus tres factores "de la raza, del momento y del medio".

Junto al arte de vivir, el arte de envejecer. Y también el arte de morir. Ese animal superior que es el hombre porque tiene sentimiento, sentido de la belleza, facultad de recordar, de reír, de gozar, de amar, de odiar, de subir primero y bajar después los peldaños de eso tan duro y tan bonito que es la vida, tiene que sentir cuanto la vida da. Con emoción, con ímpetu, con alegría. Saber llegar "a los helados dominios de Vejez (decía Cajal), a ese invierno de la vida sin retorno vernal, con sus *horrores y honores*, según decía Gracián".

Sabiendo mirar al cielo en su belleza insuperable, con la esperanza de que eso que se llama alma pueda traspasar esa grandeza infinita y multicolor que ciencia alguna podrá trasponer. Y sabiendo mirar a la tierra en donde nuestra materia se igualará con el gusano y el protozoo, después de ese recorrido filosófico, que por ser arte, es patrimonio de quien nace y de quien muere si muere y nace con la verdad de un mismo sentimiento.

